

Rafael FOMBELLIDA: *Isla Decepción*. Pre-Textos, Valencia, 2010.

Luego de haber consolidado una trayectoria poética jalonada con los premios José Luis Hidalgo, Gerardo Diego y Ciudad de Burgos, además de publicar en editoriales del prestigio de Pre-Textos o DVD, el torrelaveguense Rafael Fombellida acaba de firmar su paso a la prosa de creación bajo el patrocinio de la Fundación Gerardo Diego. Y lo ha hecho evitando la tentación de muchos poetas actuales, ansiosos de alcanzar también el reconocimiento en el campo de la ficción, tan complejo y sometido a los vaivenes del mercado. El autor de *La propia voz* ha preferido emprender un camino intermedio a través de un texto misceláneo, en el que sin embargo -para satisfacción de sus lectores- casi desde la primera página aparecen ya destellos del verdadero artista de la palabra, como la comparación entre el mítico trampolín de Garmisch Panterkirchen y “esa madura y muy baqueteada dama vestida de satén”, o la seductora sonoridad con la que se ambienta un viaje nocturno “Negra noche del norte matizada por temblorosas luces ambarinas de alguna villa cruzada fugazmente”.

Pronto nos damos cuenta de que -en una amplificación afortunada del fenómeno poético- el libro es ante todo una proyección del yo del autor presentada desde variados prismas; articulados y unificados sobre la primera persona se enlazan de forma irregular una serie de secuencias tipográficamente marcadas por doble espacio y mayúscula capitular, que van construyendo el sugestivo “estar en el mundo” del autor mediante una sucesión modelos textuales: aforismos, como “ENTRECERRAR LOS ojos; paso primero de la mirada hacia la depuración de las formas”; apuntes narrativos de diversa índole, pero que consiguen de inmediato atrapar la atención del lector, como la dedicada a los siameses Heannie y Noel Friday; reflexiones de carácter estético y creativo: aparecen aquí comentarios en torno a artistas montañeses e internacionales, eludiendo de igual forma la tentación de lo local y el culturalismo exacerbado; especial interés ofrecen en este sentido las páginas dedicadas a la personalidad y la poesía de José Hierro.

Hay también estampas históricas convertidas en símbolo de algo más profundo: para los veteranos aficionados al fútbol resulta singular la evocación del penalty de Antonin Panenka en la final de una Eurocopa. Entre las experiencias autobiográficas destacan evocaciones de infancia que van definiendo el paso a la madurez, luminosas casualidades o correspondencias que recuerdan episodios de Paul Auster (la muerte de Tatiana Troyanos mientras su voz ilustra la película de Pilar Miró que contemplaba el autor), pero sobre todo la serie de secuencias consagradas a recorrer y sentir la Praga de Kafka, Seifert o la princesa Libuse. Con todo, entre las facetas que componen *Isla Decepción* me quedo con la que va desgarrando a lo largo del libro breves meditaciones en torno a pequeños detalles del vivir cotidiano, convertidos merced a la observación de Rafael Fombellida en una suerte de poternas que nos acercan a fondos escondidos de la existencia: es el caso de una inolvidable reflexión acerca de las manos femeninas, la original alegoría entre los pensamientos de río truchero o salmonero, o las desengañadas consideraciones tras la contemplación de la mina de Reocin: “Al fin y al cabo, poco hacemos en este mundo que no sea raer su sustancia, extraer la médula que nos ofrezca, tantas veces de cinc, las menos, de diamantes”.

A estas alturas poco importa consignar que el título del libro se refiere a uno de los parajes verdaderamente solitarios de la tierra, situado en la rada más cálida de la Antártida; un lugar convertido a lo largo de la obra en añorado refugio para las postrimerías. Lo importante consiste en recomendar vivamente la lectura reposada de *Isla Decepción*, pero en pequeños sorbos para disfrutar en plenitud de su clara intensidad, de su insobornable fe en la palabra y en el discurso ilustrado.

